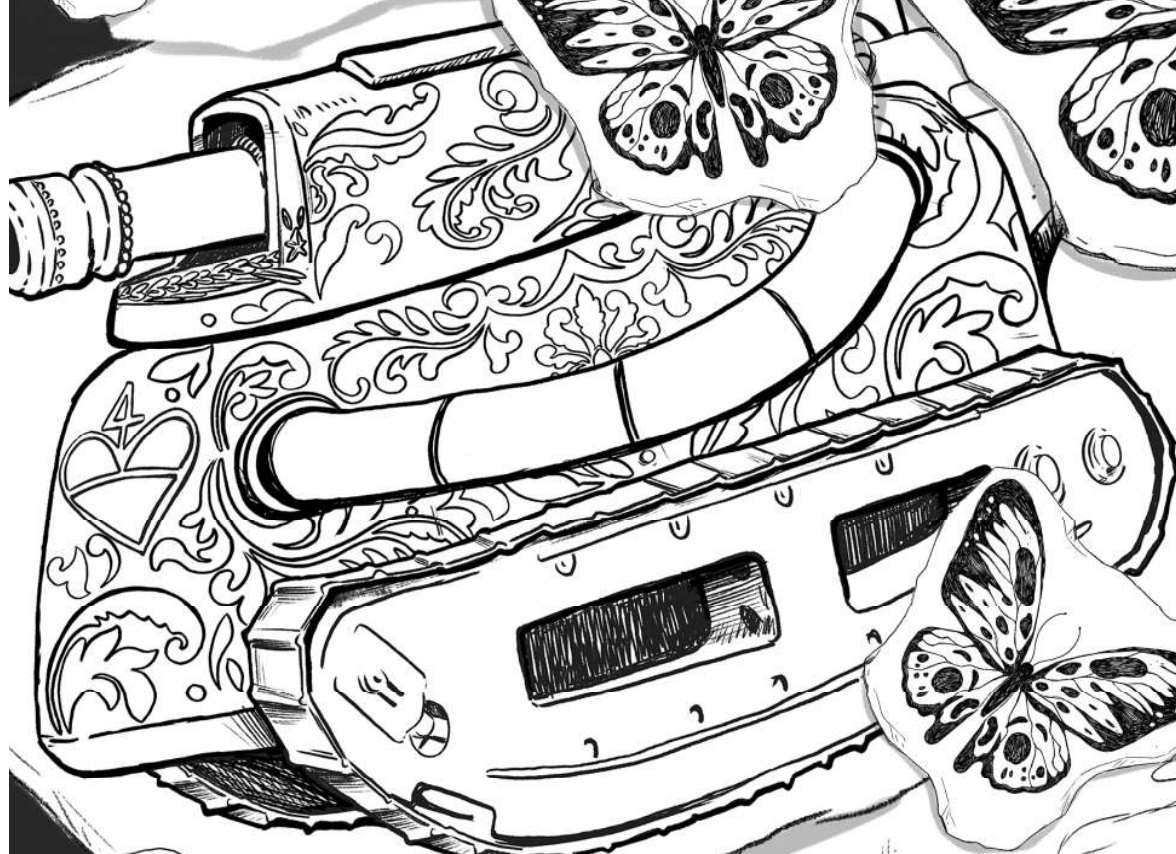


Loegria



perium sine fine





OBSCURO, -RA

(oβs'kuro, -ra)

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.

DANZA MACABRA

DANZA MACABRA

La Sociedad de Lundenwich III



Víctor Sellés



OBSCURA
e d i t o r i a l

© 2025, Obscura Editorial, S. L.
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona
© 2025, Víctor Sellés
© 2025, Eduard Coll, por la ilustración de cubierta y las ilustraciones del interior

Primera edición: octubre de 2025

Fotografía del autor: Aurelio Martínez
Ilustración del mapa de Lundenwich: Pablo Uría Díez
Composición de cubierta: Marc Vilaplana
Corrección: Aitziber Saldias
Maquetación: Meritxell Terrón

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de *copyright*, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares. En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>).

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 979-13-990471-1-0
Depósito legal: B 13802-2025

Impreso en Gràfiques Rey, S. L.
Carrer d'Albert Einstein, 54
08940 Cornellà de Llobregat
Barcelona

*Death is here and death is there,
Death is busy everywhere,
All around, within, beneath,
Above is death—and we are death.*

*Death has set his mark and seal
On all we are and all we feel,
On all we know and all we fear,*

*First our pleasures die—and then
Our hopes, and then our fears—and when
These are dead, the debt is due,
Dust claims dust—and we die too.*

PERCY BYSSHE SHELLEY



1. SEDE CENTRAL DE LA COMPAÑIA - 2. MILTON STREET - 3. BOW STREET
4. LLOYD & CO. - 5. GLASS TOWN MARKET - 6. TORRE DE LUNDENWICH
7. RURITANIA ROAD - 8. DORRIT LANE - 9. FUNERARIA W.T. WICKFIELD
10. RAG STREET - 11. GONDAL SQUARE - 12. MESA DE GOBIERNO
13. PUENTE DE PENDRAGON - 14. PUENTE DE GENEVIEVE - 15. PUENTE DE DINDRAINE
16. GOLDEN LION THEATER - 17. CAELIA STREET - 18. GREMIO DE INGENIEROS
19. PANÓPTICON



ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	15
1. Los crímenes de Morgue Street	17
2. Rubella Morgenstein	24
3. El chico	32
4. Un golpe de suerte	38
5. Sweeney Todd	44
6. Energía infinita	49
7. Immortelle	57
8. La agencia	63
9. El ritual	71
10. El Dodo Errabundo	79
11. Las ratas	84
12. La barbería	91
13. Los Hermanos de la Costa	98
14. El saco de huesos	104
15. Lovett	112
16. La Guardia Dolorosa	119
17. El sueño	128
18. La nueva aprendiz	135
19. La reunión	141
20. Aletheia Blackpole	147
21. La enseña del mercader	154
22. En el castillo	160
23. El trato	168
24. Jugando con leones	172
25. El concurso de afeitado	180
26. La discusión	188
27. El compromiso	195

28. Los regalos	201
29. La proposición	211
30. El muerto	217
31. La noche de Yule	222
32. La alianza	229
33. La operación	235
34. La dama leprosa	239
35. El ataúd	247
36. Banshees.....	252
37. El hacedor de fantasmas	257
38. El duelo	264
39. Isis	271
40. Condenados	275
41. La isla	282
42. Ashton House	288
43. Una familia	297
44. La sogá	303
45. Las alcantarillas	308
46. Jonathan.....	313
47. El sacrificio	321
48. La calma	327
49. El crimen	333
50. La estación de tren.....	338
51. Morchester	348
52. L'empire de la mort	353
53. El laberinto.....	363
54. La redención	368
55. La noche más oscura	373
56. La procesión	376
57. La canción	381
58. Los herederos de Cresó	386
59. Una decisión importante	395
Epílogo	399

Prefacio

Abrió los ojos y vio el fondo del río. El colgante del ankh flotaba prendido a la cadena de plata y las manos del monstruo con rostro de niña empujaban su nuca. Era como en el ritual, cuando sumergía la cabeza de sus discípulas en el Isis.

Como en el ritual, pero sin renacimiento.

Agitó los dedos, agarró un mechón de cabello empapado y tiró con todas sus fuerzas. Eso le concedió un segundo para emerger y tomar una bocanada de aire.

Un segundo para inhalar el humo denso que ahogaba el aroma de los árboles y el frescor de la hierba.

Un segundo para vislumbrar el puente en llamas, los almacenes ardiendo en la ribera opuesta, la garganta enrojecida y en carne viva del cielo. Los carros de los nobles icenos rodando por las calles de tierra, los nobles con sus cascos alados refulgiendo y sus torques al cuello.

Las pavesas que danzaban en el aire se reflejaban en sus pupilas como ojos de una manada de lobos en la noche.

Solo un segundo y otro empujón la sumergió de nuevo. Bajo la superficie del río volvió a reinar la paz.

La estatua de la diosa había sido profanada, igual que las efigies de bronce de Claudio y Nerón erigidas en el foro. Los devotos legionarios que protegían el templo estaban muertos, envueltos en sus túnicas como mortajas rojas. El incendio se reflejaba en sus inútiles corazas, la imagen borrosa de una ciudad invertida.

«Mi ciudad».

Había venido desde la otra punta del mundo, agasajada y adorada por todos. Desde las profundidades del desierto hasta aquella isla misteriosa sumida en la niebla. A la ciudad de los comerciantes, con sus navíos cargados de cerámicas y aceites.

A Londinium. Al templo.

«Mi casa».

Incluso antes de morir, ya sabía que no iba a marcharse. Apretaba el corazón de bronce como si en cualquier momento fuera a empezar a palpar. La proximidad de la muerte parecía despojar a aquellas palabras de su condición metafórica.

Mi corazón.

Un corazón que las fauces de aquel monstruo con rostro de niña jamás podrían devorar. La había traído hasta allí como un parásito en su vientre. La había alimentado con la leche de sus senos y con el grano que germinaba en aquella tierra fértil. Habían viajado juntas desde la otra punta del imperio, cruzando el mar desde Alejandría. Se había enfrentado a piratas africanos en el Mediterráneo, a ladrones y administradores corruptos y a un oso hambriento con una oreja cortada que deambulaba por los bosques de la Galia.

Nadie iba a expulsarla de aquel isium. De su casa.

Y, de algún modo, aquello dejó de ser un pensamiento y se convirtió en otra cosa. En una promesa y en una amenaza. Un juramento solemne pronunciado en el umbral entre la vida y la muerte.

Se abriría camino otra vez. Regresaría.

El corazón era un ancla de bronce que la lastraba al fondo del río, a aquel mundo de materia imperfecta y cosas sensibles. Dejó de luchar y se concentró en aquella sensación. Abrió la boca y sus pulmones se llenaron del agua oscurecida por la sangre y la ceniza.

Ella era la ciudad.

La ciudad y el río.



1

Los crímenes de Morgue Street

Thomas Blackpole echó un vistazo desde la puerta. No le apetecía entrar en la escena del crimen. El ambiente ya estaba bastante viciado en el rellano y el olor le recordaba un poco a la sala de embalsamar de la funeraria Wickfield.

«Al menos allí abren para hacer corriente», pensó, mirando las ventanas cerradas.

A Leontine no le habría importado el hedor. Se habría puesto los guantes de cuero, habría alisado su delantal y se habría abandonado a la tarea con entusiasmo. Para ella, un cadáver no era muy distinto de un puzle, y los que yacían en aquel dormitorio miserable tenían un montón de piezas.

Sacudió la cabeza. Leontine no iba a ayudarles aquella mañana. Tampoco Edward o Mallie, pues ahora trabajaban en la agencia que Jonathan había abierto en Maleperduis.

—¿Qué ha ocurrido aquí, inspector? —dijo Neil.

Robards apartó el pañuelo de seda con el que se cubría la boca.

—Dos muertas, madre e hija. Los vecinos oyeron el escándalo, pero cuando forzaron la entrada del apartamento todo había terminado. Las ventanas tenían el pestillo echado por dentro, la llave aún seguía en la cerradura de la puerta y, sin embargo, el asesino consiguió escapar de alguna maldita manera.

«Otro caso imposible» se lamentó Tom.

—¿Al menos conocemos el móvil? —preguntó sin muchas esperanzas.

—No parece un robo. Hay dinero esparcido por el suelo y el joyero de la mesilla está intacto. Tampoco ha aparecido el arma,

pero por los cortes hemos deducido que se trata de una navaja muy afilada.

—Hace falta algo más que una navaja para hacer algo así —Neil cabeceó en dirección a los cuerpos—. Un hacha, como mínimo.

—Más bien una fuerza prodigiosa, casi inhumana —dijo Robards, ceñudo.

—¿Hay algo más que debemos saber?

—Sí. —El inspector bajó el tono—. Falta explicaros el motivo por el que decidí avisaros. Una voz.

—¿Una voz?

—Distinta a cualquier otra. Los vecinos la escucharon a través de la puerta. Era extraña, gutural. A veces muy grave y otras aguda. Sin duda pertenecía al asesino.

—¿Y qué decía? —Neil cogió la pluma de roc que siempre llevaba fijada a la cinta del sombrero y sacudió la libreta.

—Nadie lo sabe, hablaba en un idioma extranjero. No llegaron a ponerse de acuerdo. Para mí que se expresaba en lenguas muertas. Parece cosa del diablo.

—No se apesume en culpar a seres imaginarios —repuso Neil—. El mundo esconde los suficientes misterios como para que sea innecesario recurrir a supersticiones.

—No obstante, es mejor no descartar ningún sospechoso en este punto de la investigación —intervino Tom con rapidez. Robards era famoso por sus repentinos ataques de ira.

—Adelante, pues —dijo el inspector con una sonrisa tensa—. Cuidado con dónde pisáis o tendréis que comprar zapatos nuevos.

Tom pasó frente a Lucius, uno de los subordinados de Robards. El policía le dedicó una mirada de desdén. Sin duda se preguntaba por qué su jefe seguía recurriendo a ellos tras la muerte de la señora Wickfield. La elegante anciana había dotado de una pátina de respetabilidad a su insólito negocio; una legitimidad de la que un puñado de huérfanos desarraigados carecía.

Tom ignoró a Lucius y se concentró en el caso. Era evidente que allí se había producido un violento forcejeo, incluso sin tomar

los cadáveres y la sangre en consideración. La elegante vajilla con patrones geométricos beocios estaba rota. Jirones de sábanas y trozos de espejo yacían esparcidos sobre la moqueta. Habían volcado las sillas y la puerta del armario estaba astillada, vencida hacia dentro.

Neil se acercó a los cuerpos y se inclinó, sin tocarlos.

—Estoy de acuerdo con usted, inspector. El desmembramiento fue un acto de fuerza bruta, pero los cortes se llevaron a cabo con un arma muy afilada. No parece un objeto cotidiano, sino una herramienta especializada. Y son torpes. La mayoría en la cara, el cuello y los antebrazos, lo que sugiere que las víctimas trataron de defenderse.

—El arma de un especialista en manos de un aficionado —concluyó Tom, pensando en voz alta.

Neil asintió.

—¿Ves algo más?

Su amigo enfatizó la palabra. Quería saber si había algún tipo de presencia en la habitación. Con frecuencia, los fantasmas de las víctimas de un asesinato permanecían en la escena del crimen.

Tom echó un vistazo. Los agentes de policía recopilaban pruebas y tomaban notas. No encontró ni rastro de ectoplasma.

—El cuarto está limpio —dijo por fin, y luego aclaró—: por decirlo de alguna manera.

—¿Dónde está lady Leighton? —preguntó Robards.

—Atendiendo el negocio. Me temo que hoy tendrá que conformarse con nosotros.

Ligeia habría resultado útil; con su prisma de cuarzo tal vez habría logrado captar algún eco de lo ocurrido horas atrás. Pero ahora solo estaban ellos tres para hacerse cargo de la funeraria —cinco, si contaba a Marlowe y al señor Gribble— y no podían dedicar tantos recursos a asistir a la policía como antes.

Necesitaban nuevos miembros para reemplazar a los que habían abandonado la Sociedad: Ligeia estaba siguiendo una pista en Yawney Lane que podía conducirles hasta un nuevo embrujador. A Tom

le habría gustado acompañarla, pero Lucius se había presentado en la mansión con el asunto de Morgue Street y la chica se había llevado a Marlowe en su lugar.

Tom habría preferido marcharse de allí, volver a la funeraria y ocuparse de los asuntos verdaderamente importantes. Seguían sin tener noticias de Berenice y la situación en Lundenwich estaba empeorando, con las tropas de la Compañía cometiendo tropelías en los distritos pobres, la Muerte Roja y todo lo demás. Pero ahora que habían roto los lazos con Jonathan, Ligeia insistía mucho en mantener contento a Robards.

Además, aquello también era importante. Dos pobres mujeres habían muerto.

—Los vecinos forzaron la puerta y las ventanas estaban bloqueadas desde dentro —murmuró mientras sorteaba a dos agentes que estaban sacando el armario de la habitación para despejarla—. O bien el asesino escapó a través de la chimenea, o aún sigue aquí, o...

«O algo en el relato de los hechos no se sostiene».

Tom se acercó a una de las ventanas y descubrió que alguien había agujereado el marco con una barrena. En el orificio había un clavo grande para asegurarla desde dentro. Extrajo el clavo y trató de abrirla. La ventana seguía bloqueada; en eso, Robards había acertado. Tom miró a su alrededor, confundido.

—¿Buscas esto? —dijo Neil. Apretó un resorte oculto tras las cortinas. La ventana se abrió.

Tom observó el exterior. Estaban en la cuarta planta, rodeados por casas altas con fachadas desnudas de ladrillo gris y tejados cubiertos de nieve. Vio la torre de Lundenwich a lo lejos y una sección de los muros de la ciudad, difuminados tras la bruma. Se preguntó si era posible alcanzar algún otro edificio desde allí.

«Quizá».

—Aun así, hay un problema —dijo Neil, que parecía haberle leído el pensamiento—. Nadie puede salir por la ventana y poner el tornillo en su sitio después.

Neil carecía del Don, pero tenía un sexto sentido con la tecnología. Daba igual si era un reloj de bolsillo, una grúa en los muelles junto al Isis o, como en este caso, el mecanismo de apertura de una ventana.

También pasaba mucho tiempo enfrascado en sus propios inventos; aunque, para ser justos, no siempre conseguía que funcionaran bien.

Juntos, examinaron el clavo sin apreciar nada extraordinario. A la derecha había otra ventana similar. Mientras Tom la inspeccionaba, la cabeza del segundo clavo cayó al suelo, pero el resto permaneció dentro del agujero.

Era una rotura antigua; los bordes estaban muy oxidados. Tom volvió a colocar la cabeza en su sitio. Apretó el muelle para abrir la ventana y la cabeza del clavo subió junto con el resto del marco.

No cabía duda. El asesino había escapado así.

—Prometedor.

Había algo más: un mechón de pelo enganchado en la hoja. Tenía una tonalidad rojiza, brillante y llamativa. Tom lo cogió para examinarlo a la luz. Luego se lo acercó a la nariz. Captó un olor fuerte acompañado de la fragancia del jabón perfumado.

—Ya sé quién cometió el crimen —anunció.

Nadie le prestó atención. La policía había sacado por fin los cadáveres del cuarto y Robards estaba dando instrucciones a un par de agentes para transportarlos por las escaleras.

—Inspector, sé quién ha sido —insistió Tom.

Robards lo evaluó con el ceño fruncido. Tom no era la señora Wickfield, desde luego, ni lady Ligeia Leighton. Solo era un joven desgarbado, vestido con ropa de luto de segunda mano. Pero eso era todo lo que Robards tenía a su disposición —un médium primerizo— y tendría que bastar.

—Bien, chico, soy todo oídos.

Tom cogió aire.

—El asesino es un orangután.

Su declaración fue recibida con un silencio incómodo. Tom se mantuvo firme y sostuvo la mirada del policía sin arredrarse.

—¿Un qué? —exclamó Robards.

—Quizá sería juicioso elaborar un poco tu hipótesis —sugirió Neil, muy consciente de que la cara del inspector estaba empezando a enrojecer.

—Un orangután —dijo Tom—. Es una especie de simio que vive en las junglas de las islas al este de Nisia. Lo sé porque mi padre trabajó durante años en el Museo de Historia Natural. —Sostuvo el mechón de pelo para que todos pudieran verlo—. He encontrado esto atrapado en el marco de la ventana. Es pelo grueso y de un color inusual. Me ha recordado a las ilustraciones de los orangutanes de los libros de mi padre.

—Un orangután —repitió Robards, deteniéndose en cada sílaba.

—No solo eso. —Tom hablaba con mucha rapidez, enfrascado en su razonamiento—. No hay muchos animales que puedan sostener un cuchillo, pero los simios son una excepción. Quizás existan otras especies con un pelaje similar, pero solo un orangután tendría la fuerza necesaria para cometer un doble asesinato como este. El animal pudo matar a ambas mujeres y luego escapar por la ventana y saltar a un tejado.

—Sí —dijo Neil—. Se trata de una deducción impecable.

Tom se animó un poco.

—La voz es la prueba definitiva. Quienes la escucharon pensaron que se trataba de una lengua extranjera, pero no se pusieron de acuerdo sobre el idioma. Evidentemente, lo que oyeron fueron los chillidos y balbuceos incomprensibles del animal.

—¡Tiene todo el sentido del mundo! —dijo Neil, dando palmas efusivamente.

—¿Todo el sentido del mundo? ¿TODO EL SENTIDO DEL MUNDO? —gritó Robards. Trataba de mantener la compostura, pero al final explotó—: ¡Bien, ya he oído bastante! ¡No pienso permitirlos volver a poner un pie en una escena del crimen!

Tom aguantó la reprimenda sin perder la calma. Romper relaciones con la policía metropolitana sería desastroso, pero Robards

había hecho declaraciones similares en el pasado y siempre acababa acudiendo a ellos cuando las cosas se ponían difíciles.

Estaba buscando el modo de convencerle cuando Neil les interrumpió.

—Creo que acabo de encontrar una prueba definitiva, inspector. Una que ni siquiera usted podrá cuestionar.

Robards enarcó una ceja. Neil tenía la vista clavada en un punto detrás de ellos y Tom se dio la vuelta. A través de la ventana abierta vio el tejado de enfrente y una figura monstruosa de largos brazos cubierta de un espeso vello rojizo.

Era un orangután, por supuesto. Una bestia colosal con un rostro chato, redondo y grisáceo como un plato de basalto.

Un orangután que acarreaba un bebé humano en los brazos.



2

Rubella Morgenstein

El señor Goodwater descansaba recostado sobre una pila de almohadas.

Ligeia recordaba vagamente sus visitas a la funeraria, cuando aún era un hombre recio, de bigote espeso y aspecto saludable. Aquella mañana, sin embargo, tenía un aire consumido y los carrillos se hundían formando surcos en su cara macilenta. Incluso su lustroso bigote había perdido el brillo; las puntas, que siempre habían apuntado al cielo, caían flácidas sobre la comisura de sus labios.

—Lady Leighton, ¿a qué debo esta inesperada visita? —dijo incorporándose con dificultad—. Como ve, aún no estoy muerto y no requiero de sus servicios.

A pesar de su condición, sonreía y sus ojos chispeaban. La convalecencia le había debilitado, pero no había embotado sus sentidos.

—Solo he venido para ver qué tal se encuentra, señor Goodwater. He oído hablar de su misteriosa enfermedad y estaba preocupada. Sé que apenas nos conocemos, pero la señora Wickfield le tenía mucha estima.

—Emely, Emely... —El señor Goodwater cerró los ojos—. Una pérdida inconmensurable. Si necesitáis algo, cualquier cosa...

Ligeia rehusó con un movimiento de cabeza. El momento de pedir ayuda ya había pasado.

Marlowe se agitó dentro del bolso que colgaba de su hombro. Tras su experiencia en Wolf's Cove, Ligeia había aprendido a moverse por los distritos pobres de Lundenwich. Solía disfrazarse de

violetera, lo que le permitía ocultar al gato en una cesta de mimbre. Era un poco mayor para vender violetas, pero el disfraz había funcionado hasta ahora y Marlowe prefería la cesta al bolso. Sin embargo, Ligeia y el señor Goodwater ya se conocían y una cesta carecía de sentido en aquella mansión.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó, mirando al médico de refilón.

—Mejorando más y más. El doctor Loomis y su joven asistente llevan días haciéndome curas y he de admitir que funcionan maravillosamente. Siento cómo recupero las fuerzas. Hablé con media docena de expertos y nadie sabía qué me ocurría. No era tuberculosis, ni tifus, ni cólera. Es como si Esculapio hubiera inventado una enfermedad solo para mí.

Ligeia se fijó por primera vez en la muchacha que asistía al médico. Buscaba algo en un maletín de cuero apoyado sobre una mesa cubierta por un mantelito de satén. Era muy alta y parecía tan enferma como el propio Goodwater. Su silueta pálida y huesuda parecía aún más desamparada en aquel cuarto de paredes forradas con ostentosos paneles de roble rojo.

Trató de usar el Don para ver el futuro, pero por algún motivo le resultó muy difícil concentrarse, así que volvió a girarse hacia el doctor Loomis. Se le antojaba la clase de individuo que uno encontraría en el puerto manipulando cubiletes sobre una mesa plegable.

—¿Cuál dice que es su dolencia? —dijo perforándolo con la mirada.

—No lo he dicho —respondió, reacio a mantener aquella conversación—. Es un asunto demasiado complicado y truculento para una jovencita impresionable como usted.

—Póngame a prueba, señor Loomis —insistió Ligeia, que se negaba a llamarle doctor.

El médico se ajustó las gafas de montura dorada y se mesó la barba rala para ganar algo de tiempo antes de contestar.

—Se trata de un caso grave de maledicencia aguda —dijo a

regañadientes—. Si no se actúa con rapidez, la fiebre aumenta, las tripas se encogen, los pulmones se encharcan con sangre, los dedos se gangrenan y los ojos se pudren en sus órbitas.

—¿Qué le parece? —exclamó el señor Goodwater, al parecer orgulloso de haber contraído una enfermedad tan espantosa.

Marlowe volvió a agitarse dentro del bolso y Ligeia temió que saltara para arañarle la cara a aquel farsante.

Había sido el gato el que había identificado el patrón. Tres caballeros, todos de buena reputación y holgada condición económica, habían enfermado en el barrio en pocas décadas de mes. Los tres habían sido atendidos por médicos de probada competencia, que no habían logrado diagnosticar su dolencia. Todos habían acabado recibiendo la visita del misterioso doctor Loomis, que los había curado como por arte de magia en pocos días, recibiendo a cambio unos jugosos emolumentos.

El señor Goodwater era su cuarto paciente.

Marlowe estaba acostumbrado a los trucos de los embrujadores —a los que a veces se refería como sanguijuelas— y nunca le habían gustado. Llevaba siglos sin vestir carne en los huesos: era un fantasma, y los fantasmas odiaban los exorcismos.

Ligeia supuso que el doctor Loomis había atendido a otros pacientes en el pasado; víctimas de menor categoría. Había ido escalando poco a poco, ganándose una reputación milagrera, aplicando emplastos y quemando hierbas en un cuenco de bronce para expulsar las miasmas.

Pero aquel hombre era demasiado mayor para tener el Don.

La muchacha no había dejado de mirar a Ligeia. Su aspecto malsano se veía reforzado por los capilares rotos de las aletas de su nariz y aquellas ojeras de un rojo casi purpúreo.

Ligeia contuvo un bostezo.

«Es ella», concluyó, «y ahora lo está usando conmigo».

Tenía que acabar cuanto antes. Se giró hacia el doctor Loomis.

—Qué casualidad. Son precisamente los mismos síntomas que ha estado experimentando el señor Gribble.

Hablaba despacio, enfatizando las palabras. El doctor Loomis enarcó las cejas.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Fiebre alta, un desagradable retorcimiento de tripas, esputos sanguinolentos, las puntas de los dedos negras y un cierto olor pútrido que emana de sus ojos. El señor Gribble padece todos los síntomas que usted ha relatado. Parece un caso de libro, si es que la maledicencia aguda puede realmente encontrarse en un libro.

—¡Pobre señor Gribble! —exclamó el señor Goodwater—. Doctor Loomis, quizá debería acompañar ahora mismo a lady Leighton a la funeraria Wickfield para echarle un vistazo.

—¡Pero yo le estoy atendiendo a usted! —protestó el médico.

—La verdad es que ya me siento mucho mejor —dijo sacudiendo la mano—. No va a pasarme nada malo si se ausenta durante unas horas. ¡Venga! No perdamos más tiempo. La joven Leighton ya ha sufrido bastantes desgracias en los últimos meses.

—Si no queda más remedio... —El doctor Loomis apretó los dientes y lanzó a Ligeia una mirada asesina—. ¡Ruby! Asísteme con esto.

—Muchas gracias, señor Goodwater —dijo Ligeia—. Estoy convencida de que con la ayuda del señor Loomis, el señor Gribble mejorará rápidamente.

La asistente ayudó al médico a guardar el instrumental y, unos minutos después, los tres salieron juntos del cuarto. El doctor Loomis caminaba encorvado, abrazando su maletín de cuero como si fuera un salvavidas. Un criado los condujo hasta la puerta de entrada. El jardinero había retirado la nieve del camino aquella misma mañana, pero los adoquines aún estaban mojados y brillantes.

—Muchacha entrometida —masculló el señor Loomis.

Ligeia trató de usar el Don de nuevo, pero no pudo. Se giró hacia la joven.

—Sé lo que estás haciendo —le dijo llanamente.

—El qué —replicó Ruby, todo inocencia. Su voz poseía una cualidad húmeda y fangosa, como si tuviera una enorme flema atravesada en la garganta. Se parecía un poco al croar de una rana.

—Has hecho enfermar a ese hombre. ¿No te da vergüenza?

Lanzó a Ruby una mirada penetrante, pero esta se limitó a sonreír y a encogerse de hombros. Parecía algo avergonzada.

—Vuelve al hostel, Maurice —Ruby se dirigió al doctor Loomis—. Echa carbón al brasero y espérame allí.

El falso médico observó a ambas jóvenes. Estaban paradas junto al portal del señor Goodwater, enfrascadas en un intenso duelo de miradas.

—Maurice —insistió Ruby—. Hostel.

Refunfuñando, el hombre cruzó el jardín y las dejó solas.

—Puedes parar —dijo Ligeia—. No tienes nada que temer de mí.

La extraña somnolencia que experimentaba se disipó de golpe. Ligeia bostezó. Se le habían taponado los oídos.

Ruby era una embrujadora, una «sanguijuela», como a veces las llamaban de forma despectiva. Su Don drenaba el ectoplasma de las personas; así lograba debilitarlos, incluso matarlos. Era la misma habilidad que permitía a Leontine expulsar a los fantasmas de la funeraria cuando poseían a Berenice.

—He bloqueado tus poderes —admitió Ruby— pero no sé lo que puedes hacer.

—Puedo ver las cosas que van a pasar, y a veces las cosas que ya han pasado. Me llamo Ligeia Hermeline Leighton —se presentó— y dirijo la funeraria W. T. Wickfield.

—Rubella Morgenstein —correspondió Ruby.

—¿«Rubella», como el sarpullido?

—Mi madre tenía un curioso sentido del humor. —Ruby chasqueó la lengua y cambió de tema—. Ahora entiendo por qué has decidido importunarnos esta mañana. Quieres cobrar el sepelio del señor Goodwater. Los médicos y los sepultureros son enemigos naturales, como las serpientes y las comadreas. Quieres que muera, pero yo no tengo intención de matarlo.

—Te equivocas. He venido a ofrecerte un trabajo.

Aquello pareció despertar su interés. Ligeia alzó la mirada hacia la mansión del señor Goodwater. El criado había abierto las ventanas del dormitorio y estaba limpiando la nieve acumulada en el alféizar.

—Es mejor no quedarse en la puerta, milady, o sospecharán. Paseemos.

Ruby la agarró del brazo y avanzaron juntas por el jardín hasta llegar a Yawney Lane. La vida transcurría con normalidad en la amplia avenida; casi como si no se hubiera desatado una guerra en Lundenwich. La zona oeste de la ciudad se había sometido al ejército de la Compañía sin grandes muestras de violencia.

Algunos barrios pobres se habían rebelado en otras áreas de la ciudad, pero nada parecía haber cambiado en los distritos que circundaban Cameliard y, en Yawney, los lundecinos paseaban tranquilamente bajo la atenta mirada de las patrullas de soldados. Las aceras estaban tomadas por un pequeño mercado ambulante donde vendían hatillos de leña, baratijas y decoraciones para las fiestas. Faltaba poco para la noche de Yule. Con todo lo que había ocurrido últimamente, Ligeia casi lo había olvidado.

—Sabes mucho de estos asuntos que desafían la Razón y el buen juicio —observó.

No le gustaba estar tan cerca de Ruby. Era tres pulgadas más alta y algo en su contacto le repugnaba; su brazo estaba frío como el de un anfibio.

—He visto muchas cosas, milady. Luces azules en la noche, vagando por las calles como luciérnagas perdidas. Niños que pueden hacer levitar las canicas, las tabas y los cirios; otros que escuchan los susurros de las ratas. No puedo decir que lo haya visto todo, pues solo los viejos y los ignorantes dicen eso, pero sí lo suficiente.

—¿Alguna vez has oído hablar a un gato? —dijo Marlowe, asomando la cabeza.

—Ahora sí —dijo la chica sin inmutarse—. ¿Es un truco?

—No. Se trata del fantasma de un dramaturgo —aclaró Ligeia, sintiéndose un poco estúpida.

—¿Quieres que lo expulse de ese animal? ¿Para eso me necesitas, para librar a tu mascota de un mal espíritu? Puedo hacerlo.

—Ni se te ocurra intentarlo —siseó Marlowe.

—Sabes perfectamente lo que puede hacer tu Don —murmuró Ligeia, cada vez más sorprendida—. ¿Quién te lo ha explicado?

—Desciendo de una «dama leprosa». —Ruby se encogió de hombros y Ligeia aprovechó para soltar su brazo—. Así que sé perfectamente lo que soy, milady. Conozco los límites de mi poder y de mi enfermedad.

—¿Tu enfermedad?

—Las damas leprosas son el nombre que reciben las mujeres en ciertos linajes de embrujadoras —le explicó Marlowe—. Apenas pueden producir ectoplasma de forma natural. Si no lo extraen de otra fuente, se mueren.

—¿Nunca has oído hablar de nosotras? —dijo Ruby—. La leyenda cuenta que Dindraine, hermana de Parsifal, le entregó su sangre a una de estas doncellas para curarla y eso acabó costándole la vida. Eres una Leighton lo que, si no recuerdo mal, convierte a Dindraine en tu tatara-tatara-tataratía.

—Tienes cultura —dijo Ligeia—. Has recibido formación.

—No todos los pobres nacen así, milady —dijo Ruby—. Hace años tuve un tutor y un profesor de clavicordio, y más vestidos y libros de los que puedo recordar. Estoy versada en la historia ar-túrica. Seguro que tú también.

—Sí, pero no sabía que la dama leprosa de la leyenda hubiera dejado descendencia, o lo que dicha condición implica.

—No es tan grave como parece —dijo Ruby. Se detuvo en uno de los puestos para examinar ociosamente una muestra de tela color aceituna—. Nuestra maldición expira cuando alcanzamos la madurez y perdemos el Don, pero mientras tanto nos las arreglamos como podemos, robando ectoplasma de aquí y de allá.

—¿Por eso te uniste al señor Loomis?

—Maurice solo es un pobre diablo que encontré durmiendo en los muelles. —Ruby soltó la tela y siguió paseando—. Lo necesito como parte de mi disfraz. Soy demasiado joven para que me tomen en serio. Un problema con el que seguro que tú también estás familiarizada.

Ligeia asintió.

—Si vienes conmigo, no tendrás que volver a soportar al señor Loomis. Podrás ayudar a la gente en lugar de hacerles daño. Tendrás un techo sobre tu cabeza, un cuarto para ti sola y tres comidas al día. Pero a cambio deberás prometerme que dejarás atrás los subterfugios y los timos.

Ruby se detuvo en mitad de la avenida. Pareció sopesar la propuesta con cuidado. Ligeia volvió a sorprenderse de la sencillez con la que aceptaba sus palabras.

—¿Y a cambio? —preguntó por fin—. ¿Qué requieres de mí?

Ligeia suspiró. La Sociedad podía sobrevivir sin manipuladores, pero no sin embrujadores. Recordó a Samira, la antigua médium de la funeraria. Tras ser poseída por un espíritu, había acabado arrojándose desde lo alto de un campanario. Y luego estaba Berenice, por supuesto, una canalizadora extraordinaria que nunca había podido ejercer sus funciones a más de una docena de pasos de distancia de Leontine.

Pero Leontine ya no estaba; se había ido. Y en cualquier momento, Tom podía seguir el mismo destino que Samira o Berenice.

La imagen del chico acudió a su mente. Había algo en sus ojos. Algo que hacía que Ligeia sintiera calor cada vez que pensaba en ellos, a pesar del frío de la piedra desnuda, del viento que ascendía desde el Isis y de la densa capa de nieve.

Se volvió hacia Ruby.

—Quiero que protejas a alguien.

